

hipócrita, del asesino, del analfabeto que impone su estulticia. Y lo hacen como se ha hecho desde el auténtico humor: ofendiendo al intolerante. Lo demás, parafraseando a Orwell, es publicidad.

La semana siguiente al asesinato de los redactores de *Charlie Hebdo* fue un auténtico río de obscenidad: dirigentes hipócritas que aplastan a los medios disidentes en sus países vertiendo lágrimas de cocodrilo, los contertulios de tres el cuarto pintando desde su ignorancia un panorama de miedo y tremendismo, el fascismo desatado pidiendo limpieza étnica... ha habido para todos los gustos, realmente. Ya que me han brindado la oportunidad (vete a saber por qué) de decir la mía, querría, pues, señalar una de esas obscenidades que me ha irritado especialmente: esa gente que se escandalizó por lo que *Charlie Hebdo* decía (y ojalá siga diciendo). En *Charlie Hebdo* se encontraban dos enormes valores: valentía para decir la verdad y señalar al emperador desnudo y también talento para hacerlo de manera llamativa, divertida. Los dibujantes asesinados pero también los supervivientes, tenían ambas cualidades. Tuvieron la valentía de meterse en ello, y el talento para hacerlo. Hay otros valientes que no saben decirlo, hay otros con el talento para decirlo pero que no se atreven. Pocos son los que reúnen ambas características y por eso son especialmente valiosos.

Charlie Hebdo ofendía a muchos. El error es pensar que por ello hacían mal. Porque hay que entender que al poder hay que ofenderlo; siempre.

Quien se siente ofendido porque alguien se mofa de sus ideas es porque, sencillamente, no tiene la perspectiva ade-

cuada a la hora de entender que ahí fuera hay otras personas, con derecho a vivir su vida y a decir su opinión, aunque no te guste; como a nosotros no nos gusta la del señor Malik. Ríete tú de sus ideas, si te apetece. Ignórale. Rebate lo que dice. Como prefieras. Es tu problema.

Decirle al intolerante que no tiene razón es, se mire como se mire, una labor imprescindible. No decirlo es ser cobarde, y reprochárselo a quien lo hace es rastrero; no eres Charlie, es cierto: eres un cómplice, eres un tibio ante la injusticia, eres un Chamberlain del siglo XXI.

Nota final: sí que hay un pero bastante oído estos días que tiene sustancia suficiente para ser subrayado: ¿por qué diablos el atentado de París es tan horrendo, mientras, por decir algo a voleo, en México, Siria o Rusia asesinan periodistas, humoristas y hasta simples ciudadanos con cierto eco social por disentir con algún poderoso, apenas nos llama la atención? Sin duda los muertos de raza blanca parecen pesar demasiado en comparación con los que tienen tres tonos más oscuros de piel. Pero tengo claro que los asesinados en la redacción de Charlie incluso lo habrían señalado, acusadores, con toda la mala leche, talento y valentía de la que siempre hicieron gala. Lo que a buen seguro nunca habrían aprobado son los recortes previsibles en nuestras libertades que nos van a querer colar en su mismo nombre: no lo permitamos, si no tenemos la valentía o el talento para hacerlo nosotros señalemos al menos su mérito en ofender al intolerante, no lo censuremos.

¡Pero qué
falta de
respeto!

